

JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA
2 DE FEBRERO DE 2006

Subsidio litúrgico

Buscando
sólo, y sobre todo,
a Dios

Uniendo la contemplación al amor apostólico
(*Perfectae Caritatis*, 5)



El hogar de Betania

"Buscando sólo, y sobre todo, a Dios.
Uniendo la contemplación al amor apostólico".

Podría parecer que hay una incorrección temática en el lema de este año con motivo de la Jornada Mundial de la Vida Consagrada. Si queremos unir la contemplación a la vida apostólica, entonces no deberíamos buscar sólo y sobre todo a Dios, sino buscar también a los hombres. Se deslizaría así un dilema, vieja cuestión, entre las típicas cuestiones opuestas.

Nos hemos debatido muchas veces entre los teóricos y los pragmáticos, como si fueran dos posturas irreconciliables y destinadas a no encontrarse jamás. Serían los sabihondos de todo, pero que jamás arriman el hombro a nada, y los manitas de siempre que sólo se mueven en la corteza de la vida sin ahondarla nunca.

¿Qué es mejor: ser un teórico o un pragmático? De algún modo es lo que plantea el evangelio que relata una entrañable escena que sucedió en Betania, donde había una casa acogedora y amable en la que vivían tres hermanos muy queridos de Jesús: Lázaro, María y Marta. Las dos hermanas tenían una actitud diferente ante el Señor. Parece ser que la primera pasaba las horas con el Maestro embebiéndose sus palabras, mientras que la otra, Marta, no daba abasto en la casa. Lógicamente, todos entendemos y hasta nos solidarizamos con esta inquieta y sufridora Marta frente a la tranquila y sosegada María. Pero la enseñanza no es tan maniqueamente simplista.

Tanto Marta la activa, como María la contemplativa, no representan una excluyente postura de quehacer desenfrenado o de pasividad perezosa, respectivamente, sino que están indicando dos posiciones ante Dios y ante los demás que todos llevamos dentro como reclamo: la necesidad de silencio y la de palabra, de retiro y de acción, de guardar en los adentros y de compartir en las afueras. Necesitamos integrar ambas actitudes si queremos verdaderamente crecer y caminar como personas teologalmente maduras. Por eso, Marta y María son una llamada a vivir en una hondura que da frutos y en un testimonio que se nutre de lo profundo. Siempre los contemplativos han necesitado de los profetas y éstos han caminado junto a los místicos. La santa de Ávila, nuestra Santa Teresa, lo diría más llanamente: "que entre los

pucheros anda el Señor”, es decir, que en medio de los quehaceres cotidianos hemos de saber buscar y encontrar al Señor, y cuando estemos con Él hemos de escuchar también los gemidos de los hombres. Así lo ha vivido siempre la tradición cristiana cuando haciendo una síntesis de Marta y María, ha sabido hablar al Señor de cuanto sucedía a los hombres, y a los hombres de cuanto decía el Señor. Es el alto testimonio de tantos carismas que Dios ha suscitado en su Iglesia como diversas formas de vida consagrada.

Sólo de este modo, no haremos jamás de Dios la coartada celestial para inhibirnos de los retos que nos plantea cada tramo de la historia, ni tampoco haremos de nuestro compromiso puntual la coartada terrenal para darle largas al Señor.

Buscamos sólo y sobre todo a Dios, sabiendo que quien encuentra sólo y sobre todo a Él, encuentra también todo lo que Él ama, eso por lo que Él ha dado la vida, lo que Él salva. Es Dios buscado sobre todo, quien hace posible que todo esté en Él.

Por decirlo con una frase feliz del fundador de la Familia de Schönstatt, el Padre Josef Kentenich, hemos de tener la mano en el pulso de la historia y el oído en el Corazón de Dios.

+ Jesús Sanz Montes, ofm
Obispo de Huesca y de Jaca
Presidente de la C.E. para la Vida Consagrada

Fiesta de la Presentación del Señor

Monición de entrada

Nos reunimos hoy para celebrar la fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo, hecha por María y José.

En este mismo día, la Iglesia universal, por iniciativa del Papa, mira a la vida consagrada y a cada uno de sus miembros, como un don de Dios al servicio de la humanidad.

Los consagrados y consagradas de nuestra diócesis renuevan hoy su consagración por amor a Cristo. Unidos a ellos, en torno a nuestro Pastor, congregados en una sola familia por el Espíritu Santo, vayamos a la casa de Dios, al encuentro de Cristo. Lo encontraremos y lo conoceremos en la fracción del pan, hasta que vuelva revestido de gloria.

Renovación de la Consagración

[Acabada la homilía, los miembros de los Institutos de Vida Consagrada renuevan su consagración en el seguimiento de Cristo y en la misión de la Iglesia]

El Celebrante:

Hermanos y Hermanas:

En esta fiesta de la Presentación de Jesús en el templo, os invito a todos a agradecer conmigo al Señor el don de la vida consagrada, que el Espíritu ha suscitado en la Iglesia. Vosotros, aquí presentes, consagrados al servicio de Dios, en una gran variedad de vocaciones eclesiales, renováis vuestro compromiso de seguir a Cristo casto, pobre y obediente, para que, por medio de vuestro testimonio evangélico, la presencia de Cristo Señor,

luz de los pueblos, resplandezca en la Iglesia, e ilumine al mundo.

(Todos oran en silencio durante algún tiempo)

El Celebrante:

Bendito seas, Señor, Padre Santo porque en tu infinita bondad, con la voz del Espíritu, siempre has llamado a hombres y mujeres, que ya consagrados en el Bautismo, fuesen en la Iglesia signo del seguimiento radical de Cristo, testimonio vivo del Evangelio, anuncio de los valores del Reino, profecía de la Ciudad última y nueva.

Cantor: Gloria a Ti, por los siglos.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

(I) *Lector 1º*

Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en Jesucristo, tu Hijo, nos has dado la imagen perfecta del servidor obediente: Él hizo de tu voluntad su alimento, del servicio la norma de vida, del amor la ley suprema del Reino.

Lector 2º

Gracias, Padre, por el don de Cristo, hijo de tu Sierva, servidor obediente hasta la muerte. Con gozo confirmamos hoy nuestro compromiso de obediencia al Evangelio, a la voz de la Iglesia, a nuestra Regla de vida.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

(II) *Lector 1º*

Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en Jesucristo, nuestro hermano, nos has dado el ejemplo más grande de la entrega de sí: Él, que era rico, por nosotros se hizo pobre, proclamó bienaventurados a los que tienen espíritu de pobre y abrió a los pequeños los tesoros del Reino.

Lector 2º:

Gracias, Padre, por el don de Cristo, hijo del hombre, paciente, humilde, pobre, que no tiene dónde descansar la cabeza. Felices, confirmamos hoy nuestro empeño de vivir con sobriedad y austeridad, de vencer el ansia de la posesión con el gozo de la entrega, de utilizar los bienes del mundo por la causa del Evangelio y la promoción del hombre.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

(III) *Lector 1º:*

Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en Jesucristo, hijo de la Virgen Madre, nos diste un modelo supremo de amor consagrado: Él, Cordero inocente, vivió amándote y amando a los hermanos, murió perdonando y abriendo las puertas del Reino.

Lector 2º:

Gracias, Padre, por el don de Cristo, esposo virgen de la Iglesia virgen. Felices confirmamos hoy nuestro compromiso de tener nuestro cuerpo casto y nuestro corazón puro, de vivir con amor indiviso para tu gloria y la salvación del hombre.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

El celebrante:

Mira bondadoso, Señor, a estos hijos tuyos y a estas hijas tuyas: firmes en la fe y alegres en la esperanza, sean, por tu gracia, un reflejo de tu luz, instrumentos del Espíritu de paz, prolongación entre los hombres de la presencia de Cristo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Asamblea: (Cantando): Amén, amén, amén.

Preces

[A las preces completas de la Solemnidad, se propone añadir estas tres específicas]

● Por los jóvenes, para que escuchen en lo íntimo del corazón la llamada de Dios Padre y la acojan con la generosa entrega de sus vidas en la consagración a Él. *Roguemos al Señor.*

● Por los religiosos, los miembros de institutos seculares y de nuevas formas de vida consagrada, por el orden de las vírgenes, para que fieles al amor incondicional a Jesucristo aspiren a vivir y transmitir el Evangelio por todos los rincones del mundo. *Roguemos al Señor.*

● Por quienes estamos participando en esta celebración de acción de gracias por la vida consagrada, para que el Espíritu Santo nos conceda el don de la comunión en el Cuerpo Místico que es la Iglesia. *Roguemos al Señor.*

Testimonios

Entregando la vida con sencillez, gozo y esperanza

Escribo en estos días de Navidad en que nos envuelve el Espíritu que viene de lo Alto: “Dios con nosotros, Emmanuel”, el Todopoderoso, que se ha hecho no solo Hombre, sino Niño, poniéndose a la altura, en línea, con el género humano y en perfecto equilibrio con él, desde su divinidad. Un Niño, al que casi nos está permitido tocar, sentir, y hasta, posiblemente, latir al unísono del corazón más grande: el corazón de Dios-Amor. Recuerdo en mi infancia, que para mí era una fascinación la Navidad, aunque sin llegar a profundizarla.

A principios del año 1962, en el que Juan XXIII ya había anunciado el Concilio Vaticano II y convocado a los Padres Conciliares —también nuestra Madre General, “Guillemin”, tuvo el honor de ser auditora del mismo— yo formaba parte del Seminario de las Hijas de la Caridad. Todos, las comunidades de Vida Consagrada y los laicos cristianos, orábamos para que tan magno acontecimiento diera los frutos esperados y, desde luego, tuve la oportunidad de recibir una formación postconciliar en los años sucesivos.

Fue la Iglesia la que se sintió responsable de presentar y enseñar al mundo la doctrina conciliar suponiendo un cambio profundo en la vida de los cristianos, como:

- El reconocimiento del papel de los laicos en la vida de la Iglesia.
- La reforma litúrgica, en la que se renovaban todas las celebraciones; así se logró un acercamiento del hombre y la mujer hacia lo religioso, lo divino, a través de la participación en las ceremonias, lo que hacía evidente el encuentro entre Dios y su pueblo santo y elegido.
- La definición de la Iglesia como “pueblo de Dios”. Fue entonces cuando aprendimos que la Iglesia la formaban “todos los cristianos” sintiéndonos, desde entonces, más involucrados en la tarea de anunciar el Evangelio.
- La mayor conciencia del compromiso de los cristianos con los más pobres y desfavorecidos.
- El favorecer la lectura, la explicación y el estudio de la Biblia a todos.
- La Virgen María, Madre de Jesús, es signo de esperanza para los creyentes; es imagen y principio de la Iglesia, que tendrá cumplimiento en la vida futura.

Ante tanta renovación en la vida de la Iglesia, todos, consagrados y laicos, nos vimos favorecidos al poder participar de las enseñanzas de una Iglesia que se manifiesta abiertamente, y que trata de actuar según el mensaje que Cristo vino a traer a la tierra. También he de decir que la Compañía a la que pertenezco, sintió el impul-

so —desde la razón de ser de su vocación— renovando planteamientos y convicciones, a los que nuestros Santos Fundadores se habían acercado ya, con una visión de futuro. María, en su aparición a Sor Catalina Labouré, dijo que ella era la madre de la “Pequeña Compañía” y así la invocamos con fe en nuestras oraciones diarias, tratando de imitarla, porque ella es el Camino que nos lleva a Jesús.

Yo, como miembro de la Compañía de las Hijas de la Caridad, cuyo carisma se basa en el Servicio de Cristo en los Pobres, he tenido la suerte de recibir, desde mi Comunidad, una formación plena en los contenidos de Cristo y de su Iglesia, tratando de llevar a la vida todo lo aprendido, y he podido comprobar personalmente que sólo cuando actuamos desde el Evangelio somos auténticamente felices. He reconocido, y así he vivido, que las celebraciones litúrgicas me facilitan el encuentro con Dios, y que estoy formando parte de una comunidad cristiana que alaba a Dios.

Quiero, para finalizar, agradecer la “Concesión del Premio Príncipe de Asturias de la Concordia,” a todas las Hijas de la Caridad, que dieron y dan su vida en el Servicio de los Pobres, desde el silencio, la entrega desinteresada y solo por amor, que han hecho, y siguen haciendo posible, tan digno y bien merecido galardón.

Ante todo, han de tener en cuenta los miembros de cada Instituto que por la profesión de los consejos evangélicos han respondido al llamamiento divino para que no sólo estén muertos al pecado, sino que, renunciando al mundo, vivan únicamente para Dios. En efecto, han dedicado su vida entera al divino servicio, lo que constituye una realidad, una especial consagración, que radica íntimamente en el bautismo y la realiza más plenamente.

Considérense, además, dedicados al servicio de la Iglesia, ya que ella recibió esta donación que de sí mismos hicieron.

Este servicio de Dios debe estimular y fomentar en ellos el ejercicio de las virtudes, principalmente de la humildad y obediencia, de la fortaleza y de la castidad, por las cuales se participa en el anonadamiento de Cristo y a su vida mediante el espíritu.

En consecuencia, los religiosos, fieles a su profesión, abandonando todas las cosas por El, sigan a Cristo como lo único necesario, escuchando su palabra y dedicándose con solicitud a las cosas que le atañen.

Por esto, los miembros de cualquier Instituto, buscando sólo, y sobre todo, a Dios, deben unir la contemplación, por la que se unen a El con la mente y con el corazón, al amor apostólico, con el que se han de esforzar por asociarse a la obra de la Redención y por extender el Reino de Dios.

Perfectae Caritatis, 5.

Como diría San Vicente: “Amad a Dios con el sudor de vuestra frente y el esfuerzo de vuestros brazos”. Sin duda alguna, son nuestros hermanos empobrecidos y la Iglesia entera, la razón de ser de esta distinción. Y es ahí, donde toda la vida consagrada nos unimos, nos felicitamos y nos sentimos impulsados a seguir entregando con sencillez, gozo y esperanza la vida para que los más carentes de ella la tengan en abundancia.

Sor Margarita Machí
Hija de la Caridad

Mi consagración secular, vista a los... ¡muchos años!

Quisiera tener la ágil pluma de escribano de que habla el salmo, para expresar el gozo de tantos años — más de cuarenta— de mi consagración secular. La nota distintiva de todos ellos ha sido la misericordia de Dios conmigo.

A los veinte años, cuando no sabía cómo ni donde realizar mi vocación, tuve un encuentro providencial con el sacerdote D. Doroteo Hernández Vera, futuro Fundador del que sería el hoy Instituto secular *Cruzada Evangélica*, en el que ingresé pocos meses después. Fue un guía experimentado que muchas veces me hizo recordar el Buen Pastor del Evangelio. Su vida y enseñanzas — actualmente está en proceso de canonización— por las que he intentado caminar, han marcado mi andadura hacia Dios y los hermanos necesitados, que me han hecho tan feliz.

He vivido de cerca los avatares del Instituto secular naciente que, como toda Obra de Dios llevaba consigo el signo de la cruz y a duras penas se iba abriendo paso en la Iglesia, en aquellos tiempos anteriores a la promulgación de la *Provida Mater Ecclesia* en que era desconocida la consagración precisamente secular.

Ciertamente me fue difícil repartir el tiempo siempre escaso, entre mi profesión, los compromisos adquiridos con Dios a través del Instituto, y la atención a mis padres ancianos y enfermos. No obstante, tengo que reconocer que nunca me faltó

la amorosa providencia de Dios de modo palpable, la protección maternal de la Virgen María y el apoyo, verdaderamente fraterno, de mis compañeras de la *Cruzada Evangélica*.

Considero una gracia especial de Dios mis viajes a países de misión. Aunque con billete de vuelta, me dieron la alegría y la oportunidad de conocer aquellos ambientes de América y África, de contemplar al vivo y con el corazón encogido, necesidades muy urgentes de esos mundos hambrientos de Dios, y la fecundidad del Evangelio cuando llega y penetra en los pueblos, por el coraje y el amor de los misioneros.

Ahora... todo aquello pasó; es el presente el que tengo que llenar. Trabajo en el Archivo del Instituto, atiendo a las Cooperadoras semanalmente, y colaboro todo lo posible, en mi equipo.

He oído alguna vez a consagradas mayores: -Yo ya, ¡nada!, esperar la muerte. No estoy de acuerdo. Los mayores tenemos mucho que hacer mientras el Señor nos tenga en esta tierra sin preguntarle por qué; ése es problema suyo, pero aprovechemos este tiempo que nos da.

Del Padre Fundador aprendí unos versículos del Salmo 92, 13-16: *Florece el justo —o el que aspira a serlo— como la palmera, crece como el cedro del Líbano... También en la vejez producen frutos y se mantienen frescos, frondosos, para anunciar lo recto que es Yahveh, mi Roca, no hay falsedad en él.*

Así que nuestra consagración debe estar viva *hasta la partida*. Por tanto, ésta es nuestra tarea: esforzarnos en seguir “creciendo” y luchando contra nuestros defectos y fallos, aun dentro de las limitaciones propias de nuestra edad. Estamos en condiciones para practicar la sensatez, la humildad, la paciencia, la obediencia, la fortaleza, la gratitud a quien nos cuida; de sembrar oportunamente esperanza, ánimo y confianza ilimitada en ese Dios que un día nos llamó con amor y nos ha sostenido durante largos años. Hablemos alguna vez de la felicidad que supone el trato de amistad e intimidad con Él, y la entrega total de la vida a los hermanos..

Anunciemos la bondad de Dios, nuestra Roca. Seamos la lámpara personal que presenta ante el Sagrario, —ese Tesoro siempre accesible de nuestros Centros—, las inmensas necesidades de la gran familia humana, de los alejados de Dios, —¡tantos!— y de los equipos del Instituto y sus actividades; las vocaciones, la Iglesia, tan perseguida e infravalorada, y la jerarquía que guía la barca en tiempos tan difíciles.

Aspiro a que la mano de la Virgen María, me acompañe en el paso a la otra orilla. Espero que Dios complete sus favores conmigo, de modo que un día, cuando Él quiera, —somos posesión suya— pueda cantar un **gracias** eterno por sus misericordias.

Genoveva Hernández
I. S. Cruzada Evangélica

Fidelidad en el amor y en el dolor

Gracias, Padre, por mi vocación misionera

Es mi humilde deseo empezar esta reflexión espiritual con un sentimiento de gratitud, ternura y cercanía, que sólo se alcanza con la túnica sagrada de la inocencia, por haber sido agraciada con mi vocación religiosa. Gracias, Padre, por permitirme vivir hoy con la misma impresión que cuando me enamoré de ti.

Tengo 80 años y 65 de vida religiosa; 46 años en el *Instituto Id de Cristo Redentor. Misioneras y Misioneros Identes*, donde sigo manteniendo la misma frescura, la misma pasión de amor y de dolor que cuando me entregué a Cristo, a mis 16 años, con una promesa que fui renovando hasta que me consagré públicamente en 1970. Hoy evoco con gratitud aquel 8 de diciembre de 1941, como el hecho que me marcó para siempre. Fue en la capilla del Colegio de María Inmaculada, cuando estaba recibiendo la Medalla Milagrosa como Hija de María. Me enamoré de Cristo y le pedí a María que fuera mi Maestra, que me enseñara a vivir siempre imitándola y me llevara a las Personas Divinas. Mi profesión civil es enfermera, y durante años la ejercí en África, mi primera tierra de misión... ¡cuántas vivencias marcadas por la contemplación del amor en el dolor! Tanto la vida en África como las demás misiones que posteriormente me han sido confiadas en mi Congregación, las he aceptado considerándolas siempre voluntad divina, único camino para que la monotonía o el desaliento no entre en nuestra vida.

Cada año pasado junto a Cristo, con sus dolorosas circunstancias, va acentuando en mí un sentimiento de nostalgia, por tantos hechos que no podría enumerar y que produce en el espíritu ese silencio lleno de plenitud y al mismo tiempo de lejanía; es como contemplar la ternura de Dios que se acerca a este desierto de nuestra existencia, y que hoy me sigue sorprendiendo.

He recibido el don inmenso de conocer desde el origen la Institución a la que pertenezco, fundada en 1959 por D. Fernando Rielo Pardal, mi hermano, quien hace poco más de un año goza ya en la Casa del Padre. Las palabras no son capaces de expresar todos los avatares de una fundación nueva que tiene, como todas, el signo de la cruz, ante hechos imprevisibles —algunos contradictorios e incluso trágicos— que me han tocado vivir con la aceptación total de la voluntad divina. Ésta es la clave de la vida consagrada: fidelidad en el amor y en dolor. La persona fiel mira siempre hacia delante, con una gran ilusión por alcanzar la cima que se ha propuesto, con la ayuda de la gracia; por eso se mantiene firme, con visión de futuro. Lo importante es ser fiel a este único amigo y compañero de viaje que es Cristo crucificado. No podemos olvidar que la fidelidad es una de las metas del ser humano. Es su máxima aspiración, pero hay que labrarla cada día con la pasión de amor, pues no se encuentra al final de la existencia sino en medio de la vida cotidiana, en cada

Todos somos conscientes de la riqueza que para la comunidad eclesial constituye el don de la vida consagrada en la variedad de sus carismas y de sus instituciones. *Juntos damos gracias a Dios* por las Ordenes e Institutos religiosos dedicados a la contemplación o a las obras de apostolado, por las Sociedades de vida apostólica, por los Institutos seculares y por otros grupos de consagrados, como también por todos aquellos que, en el secreto de su corazón, se entregan a Dios con una especial consagración.

Vita consecrata, 2.

¡Qué extraordinaria riqueza! Yo mismo, al final del Sínodo, he sentido la necesidad de señalar este elemento constante en la historia de la Iglesia: los numerosos fundadores y fundadoras, santos y santas, que han optado por Cristo en la radicalidad evangélica y en el servicio fraterno, especialmente de los pobres y abandonados. Precisamente este servicio evidencia con claridad cómo la vida consagrada manifiesta el *carácter unitario del mandamiento del amor*, en el vínculo inseparable entre amor a Dios y amor al prójimo. El Sínodo ha recordado esta obra incesante del Espíritu Santo, que a lo largo de los siglos difunde las riquezas de la práctica de los consejos evangélicos a través de múltiples carismas, y que también por esta vía hace presente de modo perenne en la Iglesia y en el mundo, en el tiempo y en el espacio, el misterio de Cristo.

Vita consecrata, 5.

renuncia, en cada acto de amor, de abnegación, de generosidad, de fatiga, con todos nuestros hermanos. Es como una conjunción de alegría y tristeza, de luces y sombras, pero siempre presididas por Él. Es a esta clase de vida a la que Cristo nos invita cuando nos dice: “permaneced en mi amor” (Jn 15, 9).

Por eso, cada día me levanto con corazón agradecido y le digo a mi Padre Celeste: gracias por haber pensado en mí desde toda la eternidad, por haberme sacado de la nada, por haber dado tu vida por salvarme, redimirme y glorificarme; por tener una Madre y Maestra como María; por la Iglesia; por mi vocación religiosa; por ser misionera idente, por mi comunidad y porque todos los días me colmas de bendiciones y de oportunidades para dar testimonio de ti y poder manifestar con mi vida, mi sentimiento de filiación divina. Gracias por la vida de nuestro amado Padre Fundador; él nos ha transmitido y enseñado que caminando al lado de Cristo con fidelidad en el amor, iremos adquiriendo sus rasgos, su forma de dar gloria al Padre, y ésta será una huella que nos marcará para siempre haciéndose visible a los demás con la fuerza del testimonio personal. Hoy te ruego, Padre, que concedas a todas las personas que se consagran a ti, lo que nuestro Fundador te ha suplicado siempre para nosotros: “Yo pido a Dios que los miembros de la Institución se caractericen por la

alegría, una alegría en todas las cosas que no sea como las fugaces alegrías de este mundo. Quiero que crezcan con esa mística alegría en tal grado que vean la tierra desde el cielo y no el cielo desde la tierra”.

Gracias, Padre, porque colmas todos mis días de amor divino, de sacralidad, de sueños apostólicos, de coraje, por encima del dolor y de toda circunstancia. Sólo Tú das sentido pleno a nuestra vida.

Pilar Riello Pardal
Misionera Idente

Desde sus orígenes la vida consagrada se ha caracterizado por su sed de Dios: «quaerere Deum». Que vuestro primer y supremo anhelo sea, por tanto, testificar que Dios tiene que ser escuchado y amado con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, antes que cualquier otra persona o cosa. No tengáis miedo de presentaros, incluso visiblemente, como personas consagradas, y tratad con todos los medios de manifestar vuestra pertenencia a Cristo, el tesoro escondido por el que habéis dejado todo. Asumid el conocido lema programático de san Benito: «No antepongáis absolutamente nada al amor de Cristo» (...)

Queridos hermanos y hermanas, la Iglesia tiene necesidad de vuestro testimonio, tiene necesidad de una vida consagrada que afronte con valentía y creatividad los desafíos del tiempo presente. Ante el avance del hedonismo, se os pide el testimonio valiente de la castidad como expresión de un corazón que conoce la belleza y el precio del amor de Dios. Ante la sed de dinero, vuestra vida sobria y disponible al servicio de los más necesitados recuerda que Dios es la auténtica riqueza que no perece. Ante el individualismo y el relativismo, que llevan a las personas a convertirse en la única norma de sí mismas, vuestra vida fraterna, capaz de dejarse coordinar y, por tanto, capaz de obedecer, confirma que ponéis en Dios vuestra realización. ¿Cómo no desear que la cultura de los consejos evangélicos, que es la cultura de las Bienaventuranzas, pueda crecer en la Iglesia para apoyar la vida y el testimonio del pueblo cristiano?

El decreto conciliar «Perfectae caritatis», del que conmemoramos este año el cuadragésimo aniversario de promulgación, afirma que las personas consagradas «evocan ante todos los cristianos aquel maravilloso connubio instituido por Dios y que habrá de tener en el siglo futuro su plena manifestación, por el que la Iglesia tiene a Cristo como único Esposo» (n. 12). El consagrado vive en el tiempo, pero su corazón está proyectado más allá del tiempo y testimonia al hombre contemporáneo, con frecuencia absorbido por las cosas de este mundo, que su verdadero destino es el mismo Dios.

Benedicto XVI a los institutos de vida consagrada
y sociedades de vida apostólica de la diócesis de Roma,
12 de diciembre de 2005.